

**R**ECIENTEMENTE, Colita ha celebrado una exposición en el F.A.D. catalán y la misma muestra, al parecer itinerante, en otra asociación artística de Pamplona. Paralelamente, me informa Tere Pekaín que Colita y sus rostros irán al Museo de Arte Moderno de México, invitadísimo y, conociendo como conozco muy bien esta obra, lo hara con grandes probabilidades de éxito. En la especialidad de la fotografía que ha escogido —el retrato— Cola es maestra.

Rostros. La apología del arte de captarlos es, sin duda, tentadora. Presentando aquella exposición del F.A.D. a que me he referido, María Aurèlia Capmany ya apologizó en lo que cabe tanto el oficio de captar rostros como la virtud manipuladora del hombre colocado tras la cámara. En este caso, la mujer; Cola, Colita, Colaza, para los amigos.

La referencia a los amigos no es casual, ya que Colita, entrega tanto a su oficio como al placer de ejercerlo (una rara virtud en nuestros profesionales de todo tipo) prefiere retratar a la gente que conoce y, muy especialmente, a la gente que ama. En su boca, el concepto «amigos» (esgrimido muy a menudo) no puede pasarse de aquellas dos variantes y suele incluir incluso a personas a quienes conoció durante tiempo; el justo, sin embargo, para darles un sentido frente a su cámara. Se comprenderá que, en un mundo dominado por el encargo, la afición de Colita tome un sentido distinto y se nos ofrezca con una extraordinaria simpatía. Ella sabe que, al fotografiar a sus «amigos», no está tratando con objetos; no es lo mismo que cuando se le encarga una sesión fotográfica sobre una nevera que, después, irá a parar a un catálogo o a un anuncio de prensa.

Por supuesto, las neveras me merecen todos los respetos y, en el siglo que corremos no voy a discutir sobre su probable humanismo. Pero Colita, que en el fondo es sumamente romántica, no se deja conmovir por el alma de las neveras (a las que Dios tiene en su gloria cuando la nevera se estropea) y prefiere que su arte dependa de otro almarío. Lo arranca de sus amigos, en la dudosa intimidad del laboratorio, para restituirlos en este momento imperceptible, desprovistos de la máscara que la Fama les ha ido poniendo.

Porque los amigos de Colita son todos muy famosos, cosa que no ha de extrañarnos. Aunque, apresurémonos a decirlo, la Fama que conmueve a Colita no es la de la estrella tonitruica, sino la del escritor sesudo o la de la actriz que ha sabido preservar su personalidad ante los ataques de la trivialización a que el siglo somete a sus ídolos. Es así como los amigos famosos de Colita van de Orson Welles, Alberti y Vargas Llosa a Teresa Gimpera o Capucine, mujeres que, dentro de todas las manipulaciones del medio en que se mueven, han sabido expresarnos una última dignidad, que place a Colita.

Escritores, cantantes, artistas de cine, y algún rostro anónimo, apa-

sionante, que Colita recoge entre el pueblo, mimándolo, sintiéndolo, ya que el arte de Colita no se distancia, ya que necesita del amor para producirse. No imagino a Colita proponiéndonos una foto del último ganador de Benidorm, como no sea por esos imperativos del encargo, la necesidad ineludible del condomio. Por qué —lo sabemos— corren por el país demasiadas revistas que, a un retrato que reproduzca la humanidad estremecedora de Alberti, prefieren la señorita Blanca Estrada cogida de la mano del señor Alguero.

En esta antología del «kistch» en que se ha ido convirtiendo nuestra historia periodística, donde la humanidad es reducida a su propia caricatura, Colita ha sabido conservar su independencia, sin renunciar a ser una gran profesional. Mi experiencia con Colita ha sido doble, en el aspecto de la profesionalidad. Trabajando sobre mi rostro, me ha hecho esas fotos formidables, esas operaciones de estética que, en el país, sólo ella sabe hacer. Trabajando para mí, en algún reportaje, ha sido siempre el profesional eficaz, veloz, sin ninguna concesión al ganduleo. Y recuerdo, por citar un ejemplo, nuestro viaje a Egipto, cuando quise mostrarle a mi hermana mi segunda patria. Bajo un calor agobiante, Colita recorrió desiertos y tumbas cargada con cinco máquinas y minucias auxiliares (flashes, zooms, etc.). El resultado fueron 2.000 fotos en color, ni una más ni una menos, arrebatadas a lo que en principio se suponía iba a ser un plácido descanso turístico.

En esto, Colita vuelve a aquel envidiable estadio de la creatividad en que se mezclan la afición y el oficio. Un poco el caso de aquellos pintores románticos que, ante las ruinas de Roma o Pompeya, sacaban el cuaderno e iniciaban sus esbozos. Un poco el caso, también, del escritor que, ante las experiencias que le va brindando la vida (y todo viaje es la culminación de la vida en movimiento), toma notas y redacta, sobre la marcha, el capítulo de novela o el esbozo de poesía que completará, tranquilamente, meses después, en su despacho. Así, Colita, no permanece jamás impasible ante la realidad. Un viaje, una fiesta, un picnic vulgar, encuentran en Colita a su testigo impaciente. Es difícil que Colita salga de casa sin sus cachivaches. El escritor que ha olvidado la pluma, sabe que, en caso de inspiración repentina, puede entrar en una librería, hacerse con uno y poner manos a la obra. Colita sabe que, en el juego de provocaciones continuas que nos ofrece la realidad, sólo dispone de la cámara para aprehenderla. Los amigos de Colita sabemos que cualquiera de nuestros momentos con ella será retenido, en esta cámara-compañera de Colita. Su neceser, podríamos decir.

Ahora, Colita expone lo mejor de su trabajo, pero en una sola especialización: la del retrato. Conociendo a Colita y a su obra, me atrevo a decir que quedan por mostrar pequeños tesoros que ya pertenecen a otros campos del arte fotográfico o, si queréis,